



(El hombre de nieve.)

DOCUMENTO CURIOSO.

Cuando en el infeliz reinado de Felipe IV procuraba su desconcertado gobierno arbitrar medios para hacer frente á las grandes necesidades y apuros que él mismo habia creado, al tiempo que adoptaba las medidas mas empíricas, insuficientes y perjudiciales para conseguir aquel fin, trató el monarca de contribuir al desempeño del erario disminuyendo los gastos de su real casa y familia, y para ello es-

pidió el decreto que por ser documento curioso copiamos á continuación:

«El empeño en que hallé las rentas de mis reinos cuando entré en ellos, y las grandes ocasiones de gastos que se han ofrecido despues acá con haberse acabado la tregua de Flandes y haber sido necesario ereer mis armadas por los muchos enemigos que andan en la mar, y acudir á Italia, y Alemania, y otras partes precisas, y la falta de hacienda que hay para tantas cosas, ha obligado á poner todos los medios posibles para tenerla, y siendo uno dellos la reformation de los

12 DE OCTUBRE DE 1831.

gastos que no fuesen precisos, para poderlo disponer mejor, he tenido por conveniente empezar por mi casa, y así he resuelto que se reforme en ella lo siguiente:

»Con vuestra persona no se ha de hacer novedad ninguna; pero queda asentado, que los que os sucedieren en el oficio de mayordomo mayor no hayan de tener mas de un quento de maravedis de salario, y los emulmentos que hoy gozais.

»Que de aquí adelante no haya mas de cuatro mayordomos, y que de los que hay hoy nombrados queden los cuatro mas antiguos con sus gages y emulmentos. Y los demas por haber ya empezado á servir lo continúen; pero ha de ser sin sueldo, con sola la casa de aposento, y escútese el plato de manjar blanco unos días, y otros de arroz, y las veinte libras de nieve que se dan á los mayordomos, que no lo han de llevar, ni los que tienen salario ni los otros, ni tampoco se ha de dar á otro ningún oficial de los que agora le llevan.

»Los gentiles hombres de mi boca han de ser cincuenta, y se han de ir consumiendo los que vacarán hasta quedar en este número: y estando ausentes en ninguna manera han de llevar salario, aunque sea con licencia.

»Que haya cuarenta gentiles hombres de la casa y no mas. Y si agora hubiere mayor número se vayan consumiendo hasta quedar en este.

»Ha de haber dos *varlet servant* y no mas.

»Que no se añadan costilleros, y estas plazas han de quedar reservadas para los que salieren de pajes.

»Que haya veinte y cuatro pajes, que es el número que ha habido estos días.

»Que en la panetería haya un gefe, dos ayudas y un mozo, como solia en tiempo de mi abuelo, y lleven las mismas raciones en la calidad y cantidad que solian entonces, escusándose todo lo que escudie-re desto en cualquiera manera. Y lo mismo se entienda respecto de los emulmentos que llevasen otras cualquier persona de este oficio.

»En la frutería ha de haber un *fruitier* y un mozo como en tiempo de mi abuelo y con los mismos salarios. Todo lo demas se ha de re-formar, y las sesenta y ocho libras de fruta que se dá cada día á diferentes personas por nueva introduccion.

»En la Cava se escusará el mozo entretenido y el aguador, y en su lugar podrá haber dos mozos que lleven á los oficios lo que fuese menester, y suplirán en las jornadas con gages de entretenidos, y se escusará el vino de los almuerzos.

»El vedor de viandas no llevará de aquí adelante lo que llaman *frescos*. En la cocina se escusarán dos mozos: y de aquí adelante de dar plato á nadie, como no sea de camino.

»En el guarda-mangel se escusará lo que llaman *frescos*, y las raciones de las viudas y reservadas se reduzgan á cuatro ducados, y una hanega de trigo al mes. Y al guarda-mangel no se traerá mas ternera, que la que viene de Aranjuez: y cesará lo que hubiere añadido en las raciones.

»En la cerería se escusará un mozo, y el llevar el gefe la cera de las sobras por ser introduccion, y el *sumiller de corps* no lleve las setenta bachas que suele.

»En la botica se reduzgan al número de los oficios al tiempo de mi abuelo y el salario del boticario á cuatrocientos ducados, y los ayudas á doscientos, y los mozos á ciento.

»En la tapicería se escuse una ayuda, y un mozo que hay ademá, y en vacando este oficio se junte con el de aposentador de palacio como solia.

»En la caballeriza será la reformation, como tengo ordenado, que montará mas de veinte mil ducados.

»Gentiles hombres de mi cámara habrá ocho, y á este número se reducirán como fueren vacando; daráseles ocho platos de comida en su estado: y á los ayudas doce reales á cada uno cada día, y quitarse de su estado.

»Al maestro de la cámara le cesarán los cincuenta reales cada mes de la ensalada y las conservas del día de ayuno.

»Al *contraloor*, el *fresco*, la pastelería, tocino, manjar blanco, ensalada y conservas y de camino se le darán dos asados, y un cocido y para cenar dos cosas, y no tome nada de los oficios.

»Al *greñer* le cese lo que llaman *fresco* y entenderáse con Ramiro de Cabaiza reservado.

»Con los médicos de cámara se escusen las colaciones de los días de ayuno; y sangradores habrá solos dos con cien ducados de salario cada uno, y sin racion, y serán Lozano y Fuentes.

»Uziers de cámara se reducirán á ocho como en tiempo de mi abuelo. Y los porteros de saleta y de palacio á seis.

»Los dos sota-ayudas de la *furriera* se escusarán, y los treinta maravedis que se dan cada día á todos los oficios para leña.

»Los aposentadores de la casa de Borgoña, que son hoy ocho del libro y once de camino, se reducirán á cuatro del libro y ocho de camino.

»A la guarda de archeros se le añadió el año de 1589 setenta maravedis á cada uno con que tuviesen caballos: el año de 1600 se permitió que no los tuviesen sin quitarles los añadidos: reduciránse á lo antiguo, sino es en las jornadas, que llevarán lo que hoy, y quedo con cuidado de tener camino en jubilaciones, y á los que se jubilaren bastará darles tres reales cada día.

»Al teniente de la guarda española, que tenia dueientos ducados al mes, se le doblaron, y al *alferez* se le añadieron quince reales, reduciráse esto á la primera cantidad.

»Los dos reales que se dan en la *acemilera*, á los recompensados será uno como solia.

»Los sueldos que hubiere duplicados se reformarán.

»Enterese con cuidado de que se paguen los salarios puntualmente para que gozándolos á su tiempo puedan comer con comodidad en lo mismo que sirven.

»Reducidas las cosas á este estado tendrán mejor disposicion para el ejercicio de estos oficios; y se ahorra mas de sesenta y siete mil y trescientos ducados en cada un año, hareis que así se ejecute. En Madrid á siete de Febrero de 1621. Al duque del Infantado.»

Copia de la orden, que S. M. envió al Sr. conde de Benavente mayordomo mayor de la reina nuestra señora.

»Habiendo mandado reformar mi casa cumpliendo con lo que pide el estado de las cosas, y otras razones, he resuelto reformar tambien la de la reina porque militan las mismas, y he ordenado lo siguiente:

»Que el gasto del estado de las damas se reduzga á seis platos á comer, y cuatro á cenar: pues de ordinario comen pocas en él y bastaran cuando fueran mas.

»A las dos criadas, que tiene cada dama se les dá racion cuatro panecillos, dos libras de carnero, y cuatro onzas de tocino, y á las de la cámara de la reina; lo mismo que se les dá á las del Infante mi hermano y á las unas y á las otras se les baje cuando van á la enfermeria: con que correrá todo mejor, y con mas comodidad.

»A vos se os dan un quento de gages, y otro de extraordinario por el plato, y he entendido que tambien agora llevais el plato; y monta de seis á ocho mil ducados: escusareis el llevarle, pues se hizo con el conde de Alba de Liste, duque de Sesa, marqués de la Laguna; y en mi casa con el duque del Infantado, y marqués de Velada, y con vuestros sucesores se escusará tambien el un quento del extraordinario.

»Cesará el manjar blanco que se dá á los mayordomos, y no se hará sino cuando se hubiere de servir á la mesa de la reina; entonces se embiarán al estado de las damas dos platos.

»A las damas no se darán meriendas de la confitería, y del guarda-mangel se podrán llevar algunas empanadas y fruta.

»Los criados y criadas de la reina, que son ciento y cuatro mas de las que tenia la reina doña Juana mi abuela se reformarán á aquel número como fueren vacando.

»Al *contraloor grañer*, y *dispensero* mayor les cesará lo que llaman *fresco*.

»En los oficios de boca, se escusará el dar unos á otros para almuerzo lo que se ha introducido, y se quitarán los mozos entretenidos.

»Reducidas á este punto las cosas, tendrán el estado conveniente, y mi hacienda interesará en la casa de la reina mas de ochenta mil ducados. Y así se ejecutará con mucha puntualidad. En Madrid á 7 de Febrero de 1621. Al conde de Benavente.»

LUIS M. RAMIREZ Y LAS CASAS-DEZA.

LAS MUGERES BLANCAS.

TRADUCCION BRITANICA.

En muchas aldeas de la Cornouaille y del pais del Treguir existe una tradicion que es muy curiosa porque viene á renovarnos algunos recuerdos druidicos.

Los *disclocelerres* (narradores de cuentos) suponen que algunas encrucijadas de aquel pais son frecuentadas por unos graciosos fantasmás á que dan el nombre de mugeres blancas, pero cuya aparicion no es regular aunque puede conseguirse por algunos encantos, cuyos pormenores varían mucho y nunca son completamente esplicados por los narradores. Estas mugeres blancas dotadas por el demonio de un gran poder llevan en la mano una rama de roble ó yerba de la cruz (verbená) que presentan al que las encuentra ó las ha llamado: si este acepta, aquel talismán vivirá alegremente; tantos años como hojas tenga la rama; pero al morir pasa su alma á ser presa del demonio.

Esta tradicion tiene un rasgo comun con la de la *lew-drez*; es en el fondo la misma creencia, aunque adornada con diferentes pormenores. ¿No vienen á recordarnos las mugeres blancas á las druidas, vestidas de blanco y con una superioridad y autoridad milagrosa sobre

los destinos de los hombres? ¿No es esta rama de verbena y de roble un rasgo marcado del culto antiguo en que estas dos plantas hacían un papel tan importante? El cristianismo no ha hecho mas que modificar los recuerdos. Las druidas estan representadas en los que tienen pacto con el diablo; la verbena y el roble son tenidos como mal talisman, y el favor que se pide á cualquiera de esas dos plantas es la causa de una eternal condenacion.



TEATRO DE MORETO.

Tan poco conocidas como las noticias biográficas de *D. Agustín Moreto y Cabaña*, son por su mayor parte sus apreciables obras dramáticas.—De aquellas ignoramos hasta el año y lugar de su nacimiento (aunque hay motivos para creer que fué en Madrid y á principios del siglo XVII), y solo se ha creído averiguar que fué soldado, cortésano y protegido de los duques de Uceda y de Medina-Sidonia y del cardenal Moscoso, y que adelantado en edad y despues de una vida agitada, abrazó el estado eclesiástico como todos ó casi todos los célebres poetas contemporáneos, Lope, Calderon, Montalvan, Tirso, Solís, etc. Con este carácter fué durante los últimos años de su vida rector del Refugio de Toledo, en cuya casa inmediata, de su propiedad, vivió y murió en 1669, y en donde se conserva hoy su retrato; siendo sepultado en la parroquia de S. Juan Bautista, á pesar de haber dispuesto en su testamento que se le diese sepultura en el *padillo de los ahorcados*, circunstancia misteriosa que ha dado lugar á los modernos eruditos á atribuirle la muerte dada en desafío al poeta Baltasar Elisio de Medinilla.

En cuanto á su fecundo repertorio dramático (de que mas abajo damos una lista probable, entresacada de todos los índices que conocemos de nuestro antiguo teatro), solo ocho ó diez producciones son conocidas hoy del público, y ocupan con preferencia la escena; pero ellas son tales que han bastado para colocar el nombre de Moreto en el primer rango de nuestro Parnaso, y aun atendidas las dotes especiales que las constituyen, de filosofía en el argumento, unidad en la accion, verdad y fuerza cómica de los caracteres, y correcta elocucion y poesia, acaso le hicieran obtener la palma entre todos nuestros primeros dramaturgos, si por otro lado no mediase la circunstancia de que este admirable talento, tan apto y propio para dar interés y conducir una accion dramática, renunciaba frecuentemente á la originalidad de sus argumentos, y solia valerse (sin duda para mejorarlos inmensamente) de los ya tratados por otros poetas.—A pesar de este achaque (que no le perdonaron y echaron frecuentemente en cara sus contemporáneos), la magia de su talento, y el encanto de su estilo hizo olvidar bien pronto con su *Desden con el desden*, la comedia de Lope *Los milagros del desprecio*, y la de Tirso *Celos con celos se curan*;

el *Rico hombre de Alcalá* enterró despues de heredarle, el *Infanzon de Illescas* del mismo Lope; *El licenciado Vidriera*, *El parecido en la Corte*, *El caballero*, *No puede ser guardar una muger*, *De fuera vendrá* y *Todo es enredos amor*, adquirieron en manos de Moreto una originalidad primitiva, una verdadera carta de naturaleza que hizo borrar completamente la idea de si alguna de estas preciosas creaciones debian su origen á otras plumas.—Sobre todo, en lo que ostentó Moreto su invencion propia, es en las comedias llamadas *de figura*, en que superó sin duda alguna á las farsas de su contemporáneo *Moliere*: dotando á nuestro teatro este tipo original y altamente cómico, con su *Lindo Don Diego*, *La fuerza del natural*, *El marqués del Cigarral*, *El Licenciado Vidriera*, y otras, que ciertamente valen mas que *Le Bourgeois gentilhomme*, *Les fourberies de Scapin* y *Georges Dandin*, y cuyo género produjo mas adelante entre nosotros *El domine Lucas* de Cañizares, *El hechizado por fuerza* de Zamora, *El doctor Carlino* de Solís, *Don Lucas del Cigarral* de Rojas, y el *Castigo de la miseria* de Hoz y Mota.

Tampoco Moreto, como Lope, logró ver impresas en coleccion sus numerosas comedias; y aunque lo fueron las mas de las que comprenden la siguiente lista, y han llegado casi todas hasta nosotros, fué en diversos puntos, incorrectas unas, mutiladas otras, y atribuidas algunas á distintos autores. Unicamente hemos visto formando coleccion de Moreto dos partes ó tomos, enmpuestos de piezas auténticas, la primera impresa en Madrid en 1677, y la segunda en Valencia en 1676.—Tambien se le dan, aunque no con tanta certeza, dos terceras partes ó tomos, impresos uno en Madrid en 1681 y otro en Valencia en 1703.

En la lista que hemos formado de todas las atribuidas á Moreto habrá sin duda alguna otra que esté repetida bajo diversos títulos, aunque hemos procurado evitarlo, suprimiendo, por ejemplo, el de *La tia y la sobrina* con que tambien es conocida la de *De fuera vendrá*; el de *El valiente justiciero* con que se designa el *Rico hombre*; el de *Diablo son las mugeres*, segundo título de *Todo es enredos amor*; el de *La fuerza del oido* que suele llevar tambien *Lo que puede la aprension*, etc.—Igualmente no respondemos de que haya algunas en que solo un acto ó dos sean de Moreto, pues se sabe que trabajaba muchas veces á medias con Cancer, Matos, Cubillo y otros; ni por último, que haya otras varias suyas que no hayan llegado á nuestra noticia, ni esten comprendidas en los índices que hemos registrado. Todo ello podrá corregirse por los eruditos para dar mayor interés á este imperfecto trabajo.

R. de M. R.

comedias

ATRIBUIDAS A DON AGUSTIN MORETO Y CABAÑA.

Amor y obligacion.
Antes morir que pecar.
Antiocho y Seleuco.
Aristómenes Mesenio.
Azote (el) de su patria.
Caballero (el).
Caer para levantar.
Cautela (la) en la amistad.
Cena (la) del rey Baltasar.
Cristo (el) de los Milagros.
Como se vengan los nobles.
Condesa (la) de Belflor.
Confusion (la) de un jardin.
De fuera vendrá quien de casa nos echará.
Defensor (el) de su agravio.
Dejar su reino por otro.
Desden (el) con el desden.
Empezar á ser amigos.
En el mayor imposible nadie pierde la esperanza.
Eneas (el) de Dios, y caballero del sacramento.
Engaños (los) de un engaño y confusion de un papel.
Escarraman (burlesca).
Eslavo (el) de su hijo.
Fingida (la) Arcadia.
Fingir lo que puede ser.
Fingir y amar.
Fortuna (la) merecida.
Fuerza (la) de la ley.
Fuerza (la) del natural.
Gala (la) del nadar.
Gran (el) palacio.
Hacer del contrario amigo.
Hasta el fin nadie es dichoso.
Hermanos (los) encontrados.

Hijo (el) de Marco Aurelio.
 Hijo (el) obediente.
 Industrias contra finezas.
 Jueces (los) de Castilla.
 La misma conciencia acusa.
 Lego (el) del Cármen.
 Licenciado (el) Vidriera.
 Lo que merece un soldado.
 Lo que puede la aprension.
 Lindo (el) don Diego.

Marqués (el) del Cigaral.
 Mas (los) dichosos hermanos.
 Mas (la) verdadera copia del mejor original.
 Mas (el) ilustre francés.
 Mejor (el) amigo el rey.
 Mejor (el) par de los doce.
 Misma (la) conciencia acusa.
 Negra (la) por el honor.
 No puede ser guardar una muger.
 Nuestra Señora de la Aurora.



(Habitantes de la villa de Batz.)

Ocasión (la) hace al ladrón.
 Parecido (el) en la corte.
 Poder (el) de la amistad.
 Premio (el) en la misma pena.
 Primero es la honra.
 Rica (la) hembra de Galicia.
 Rico (el) hombre de Alcalá.
 Rosario (el) perseguido.
 San Alejo.
 San Casimiro.

San Franco de Sena.
 San Luis Beltran.
 San Pio quinto.
 Santa Rosa del Perú.
 Satisfacer callando.
 Secreto (el) entre dos amigos.
 Siete (los) durmientes.
 Sin honra no hay valentía.
 Todo es enredos amor.
 Trampa adelante.

Travesuras (las) de Pantoja.
Travesuras (las) del Cid, (burlesca.)
Travesuras son valor.
Traicion (la) vengada.
Yo por vos y vos por otro.

SAINETES Y ENTREMESSES.

La campanilla.
El hijo del vecino.
Mariquita.
El retrato vivo.
El rey don Rodrigo y la Cava.
El rico y el pobre.
Los sacristanes burlados.

Habitantes de la villa de Batz.

La villa de Batz, situada en el departamento del Loira inferior, es la capital de los cantones de Salats: todos sus habitantes se dedican á la fabricacion, trasporte y venta de la sal, su único ramo de comercio.

Los trages de estos descendientes de los sajones son raros en extremo; visten los hombres unos calzones cortos, anchos y plegados, y una porcion de chalecos de diferentes tamaños, y puestos de manera que cada uno permita ver la orilla del que esté debajo, y que es de diferente color; á esto añaden en los días de fiesta una camisa con valona, un sombrero á la española y una capa parda ó negra.

Las mugeres velan sus largas trenzas con una cofia estrecha y plegada, cuyas puntas atadas bajo la barba flotan sobre los hombros ó caen sobre el pecho; un cordón liso separa y sujeta los cabellos sobre la frente; un corpiño que les llega hasta la barba, cerrándolas enteramente el pecho, se ajusta con una cinta bordada de oro, ó con unos galones cruzados de parte á parte varias veces; las mangas por lo regular son anchas y de color de violeta ó encarnadas; la cintura está ceñida por un ceñidor de tres ó cuatro dedos de ancho, y bordado tambien con ramos de oro ó de plata; un collar de encajes, una pañoleta con pliegues y unas medias encarnadas con bordados de color, completan estos lindos trages.

AMOR A VISTA DE PAJARO.

CAPITULO VII.

La Muger.

Juguete es el hombre casi siempre de los objetos que le rodean, y juguete tambien de las quimeras que se forja su fantasia. Y es gran lástima que todo un hombre, rey de la creacion, sea juguete; y es mo tambien que sea juguete, porque un juguete de cinco pies y algunas pulgadas es un juguete demasiado grande para aplicado á ciertos juegos. ¡Mas cómo ha de ser! es el mundo un gran tablero de ajedrez, en el cual el hombre figura de rey, reina, torre, arfil, caballo ó simple peon, segun se colocan las piezas. Pero dejando el ajedrez, por mas entretenido que sea, tiempo es de ocuparnos de Luis.

Luis se habia engañado interrumpiendo su pensamiento al ruido de una falda de seda. Luis habia imaginado que abriéndose de par en par la mampara, iba á aparecer Magdalena acompañada de su madre; pero contra su halagüeña esperanza, apareció sola doña Micaela, querida esposa de don Blas. Esta señora se conservaba medianamente, á pesar de sus cuarenta años, y venia vestida con ese lujo provincial que se parece mucho á un altarito de *crus de Mayo*. Inútil es decir que Luis se levantó, aunque contrariado, haciendo alarde de su cortesana finura; y que D. Blas procedió al momento á la doble presentacion que la entrevista reclamaba.

—Tengo mucho gusto en conocer á este caballero: dijo mi señora doña Micaela, dirigiéndose á Meneses, que solo deseaba saber por qué no habia venido Magdalena; pero que se inclinó con tanto respeto como un devoto ante la imagen de su devocion.

—¿Por qué no ha venido la niña? preguntó don Blas á su esposa.

Esta pregunta pareció tan oportuna á Luis, que estuvo á punto de abrazar á su futuro suegro, y quizás hubiera tenido la imprudencia de efectuarlo, si al levantarse no se hubiera enredado el faldon del frac en un palo roto de la silla. Esta detencion le hizo reflexionar, y se contentó con escuchar atentamente.

—Su amiga Sofia, repuso doña Micaela, se ha empeñado en que coma con ella, y como tú sabes que se quieren tanto desde el colegio, no he querido privarlas de esta satisfaccion.

—Has hecho bien: ¿pero á qué hora debo ir á buscarla? preguntó don Blas.

La traerán, despues que se concluya el teatro.

De buena gana hubiera Luis estrangulado á la amiguita que se atravesaba en su camino; pero como no la tenia á mano, creyó que lo mas prudente era aprovechar el tiempo captándose al afecto de los papás. Para conseguirlo, procuró adivinar los pensamientos de doña Micaela y su esposo, decirlos palabras agradables, po contradecirlos en lo mas mínimo; de modo que si, por una rara casualidad, en aquel momento hubiera surjido una diferencia cualquiera entre los esposos, la posicion de Luis hubiera sido desesperada, sin saber, ni querer, á quien debia adjudicar la manzana.

Iba á despedirse Meneses, despues de haber consagrado una hora á sus futuros suegros, cuando haciendo doña Micaela ese mohin que indica haberse olvidado de alguna cosa muy importante, dijo á su marido:

—He olvidado darte una noticia que debe agradarte muchísimo.

—Pues si no tienes inconveniente, aprovecha la ocasion; repuso don Blas.

—Tal vez mi presencia.... murmuró Luis, haciendo ademan de levantarse.

—Puede V. saberla, caballero: repuso doña Micaela, instándole á que se sentara.

—Pues apresúrate á decirla, porque francamente, has picado mi curiosidad: observó don Blas, evitando nuevos cumplidos á Meneses.

—Pues preparaté para disfrutar mañana temprano de tu diversion favorita.

—¿Tienes preparada una gira? esclamó don Blas alborozado.

—Lo has adivinado, amigo mio. Mañana pasaremos el día en una casita de campo.

—¿Cuánto te agradezco la sorpresa, y cuánto el recuerdo....!

—Amigo mio, debes guardar la gratitud para otra persona.

—¿Para mi hija?

—No: debes guardarla para la amiga de tu hija.

—¿Sofia nos prepara un día de campo?

—Sofia, que es sumamente amable, quiere obsequiar mañana á su compañera de colegio, dándole una gira en su casa de campo distante una legua de la ciudad.

—¿Y quienes seremos de la partida? insistió don Blas.

—Sofia y su familia; algunas amigas y amigos; nosotros, y este caballero si tiene á bien acompañarnos.

—Señora, tartamudeó Luis porque se tartamudea cuando se quiere rehusar lo que ardientemente se desea; yo recibiria un grandísimo honor acompañando á ustedes; pero como no tengo relaciones con la señorita Sofia, temeria abusar presentándome, y....

—No busque V. nuevas excusas; interrumpió don Blas, que en tratándose de su diversion favorita era el hombre mas expansivo y obsequioso de las cinco partes del mundo; pues yo tengo bastante cofianza para presentarlo á V. y á diez mas que fuera necesario.

—Si V. cree que no será importuno, tartamudeó Luis otra vez.

—No hay importunidad que valga; mañana á la hora de marchar llamamos á V. y nos vamos juntos. A propósito: ¿qué número ocupa V.?

—El número 6 de este mismo piso.

—Está muy bien. Que no se duerma V. mañana.

—Descuide V., señor don Blas: no me esperarán ustedes ni un momento.

Luis creyó que habia llegado el momento crítico de terminar su larga visita, y se despidió, no escaseando ni saludos ni ofrecimientos. Don Blas le acompañó hasta el corredor, y doña Micaela no estuvo menos amable que su esposo.

Cuando el matrimonio quedó solo, la mitad bella dió rienda suelta á la femenil curiosidad, y preguntó al consorte, no dejándole ni el tiempo de sentarse:

—Blas, ¿quién es este joven, á quien veo por primera vez en mi vida?

—Un caballero de Madrid, que se llama don Luis de Meneses; repuso el esposo al instante.

—¿Y qué es ese caballero? insistió doña Micaela, que no se contentaba con un nombre y un apellido.

—Un joven que vive de sus rentas: contestó don Blas, no queriendo manifestar que no sabia lo que su muger creia necesario preguntarle.

—¿En dónde y cuándo viste á ese sugeto por primera vez?

Don Blas no se atrevió á echar una mentira directa, y que podia descubrirse muy fácilmente, y repuso, bajando los ojos, como arrepentido de la altivez que habia manifestado antes:

—Hoy, y aquí, querida Micaela.

—¿Y cómo habeis hecho relaciones?

—Supo don Luis que vivia en su misma fonda una familia española, y creyó justo visitarla.

—¿Son esos los motivos que te ha dado?
—Ni mas ni menos.
—¿Y tú no has sospechado nada?
—¿De quién, de don Luis? ¿crees por ventura que es un intrigante?
—No digo tal.
—¿Pues entonces por qué preguntas si he sospechado ó no?
—Te digo, Blas, que eres un topo: añadió doña Micaela, guiñando el ojo.
—Pues espígate tú que eres un lince: repuso don Blas amostazado.
—Ese joven, don Luis de Meneses, está enamorado.
—¿De quién?
—De nuestra hija.
—¿Quién te lo ha dicho?
—Nadie; pero yo que soy muy lince, lo he adivinado.
—¿Pero de qué lo infieres?
—Del afán con que ha buscado nuestras relaciones.
—Bien puede ser: y ahora recuerdo....
—¿Tienes algún dato?
—Mas de uno.
—Pues dimelo.
—Me ha hablado con mucho fervor del matrimonio.
—Pues ya ves; hablar á un padre de familia con mucho fervor del matrimonio es poco menos que pedirle la mano de su hija.
—Tienes razón. Pero hay mas.
—Cuenta.
—Cuando entramos en conversacion, le pregunté que hacía donde se dirijia: me respondió que no tenía marcada ruta en su viage; pero al momento que le hablé del nuestro á Biarritz, manifestó grande entusiasmo por los baños, y se decidió á acompañarnos.
—¿Y no habías sospechado nada? ¿Cuando digo que eres un topo!
—No lo adiviné; lo confieso. Tú has tenido mejor olfato.
—Ahora dime, Blas: ¿Te parece que nos convendrá para yerno?
—Es un joven fino, muy amable, no mala figura....
—¿Pero tú crees que es hombre de buena fortuna: un tanto rico?
—¿Quién lo duda? Un hombre que viaja por puro placer y pasa-tiempo....
—Reflexiona, Blas, que muchos jóvenes poetas, pintores, ó cosa semejante, salen de la corte los veranos, y particularmente los primeros suelen no tener mas fortuna que los diez ó doce mil reales que invierten de acá para allá.
—¿Pero, Micaela, te parece que don Luis de Meneses tiene cara de poeta?
—Creo que no: pero sin embargo no estará de mas tomar informes.
—¿Te parece que escriba mañana á un amigo mio de Madrid, preguntándole quién es don Luis?
—Mejor será que lo hagas ahora mismo, porque mañana vendrás cansado.
—Tienes muchísima razón; y conviene saberlo pronto, no se encapriche la muchacha.
Don Blas coje papel y pluma, y doña Micaela se consagró á elegir los lazos que debía llevar á la gira.

CAPITULO VIII.

El Teatro.

Francisco estaba acostumbrado á ser el agente secreto de las intrigas de su amo, y se consumía de impaciencia por saber lo que estaba pasando en la habitación de D. Blas. Creía, y no le faltaba razón, que había perdido sus funciones por haberse trasladado á Francia, cuyo idioma no conocía; y renegaba de los franceses, recordando todas las reyertas que con ellos hemos tenido desde Carlo-Magno á Napoleon, desde la irrupción de Roncesvalles hasta la de los cien mil hijos de San Luis. Esta erudición, inspirada por tan justo resentimiento, era absolutamente instintiva; pues Francisco no había perdido sus mejores años estudiando crónicas y anales, porque una gitana le pr. dijo que llegaría á ser con el tiempo real académico de la Academia de la Historia.
Como la visita de Luis fué bastante larga, Francisco tuvo tiempo para renegar de los franceses, y para limpiar toda la ropa antes que volviera su amo: este se presentó radiante, y como no había podido abrazar á su futuro suegro, abrazó á Francisco hasta el punto de sofocarlo.
—¿Qué hay, señor? preguntó el criado, perdonando el fuerte apretón en gracia del honor recibido.
—¡Soy el mas feliz de los hombres! exclamó Luis alborozado.
—¿Ha visto V. á la señorita Magdalena? insistió el criado.
—No la he visto; pero la veré siempre que quiera, de día, de noche, á todas horas.
—¿Se ha casado V., señorito? preguntó Francisco sollozando.

—¿Por qué me haces esa pregunta, majadero? repuso Luis con estrañeza.
—Como dice V. que verá á la señorita Magdalena de día, de noche, á todas horas, y eso de ver de noche....
—¡Imbécil! He dicho que la veré á todas horas, en primer lugar, porque soy íntimo amigo de sus padres, y en segundo, porque vamos á viajar juntos, y á vivir juntos en Biarritz.
—Eso es otra cosa, señorito. Creí que se había V. casado ya, y me dió una lástima....
—Pues si no te ha dado, que te dé; porque lo que yo mas deseo es casarme con Magdalena.
—Bien decía yo, señor, cuando decía que había V. visto á esa señorita en mala hora.
—¿Callarás, Francisco?
—Como un muerto.
—Mira, mañana quiero levantarme á las cuatro.
—¿Se casa V. de madrugada?
—¿Te has vuelto loco?
—Puede ser.
—Mañana muy temprano voy á una gira con Magdalena y su familia.

—¿Y yo voy tambien?
—No.
—Pues voy á pasar un día entretenido.
—¿Cómo ha de ser!
—¿Y dígame V., señorito, tiene capilla la casa de campo?...
Luis aplicó la punta del pie á su criado, cortándole así la pregunta: Francisco dió un salto, pero no desplegó sus labios ni lanzó un gemido; Meneses sintió, como siempre, haber empleado las vias de hecho; pero, como siempre tambien, hizo punto final y pasó á tratar de otro asunto.

—Mira, Francisco, esta noche vienes conmigo al teatro: ya he mandado á un mozo de la fonda que nos traiga billetes.

Francisco había olvidado el puntapié; pero sintió mucho que su amo le cercenara sus funciones, y mucho mas amostazado que cuando recibió la corrección, murmuró:

—Yo he buscado siempre los billetes, y nunca le han faltado á V.: como que conozco por sus nombres á todos los revendedores, y el Cojo, y el Andalucillo, y el....

—Pero hombre, por Dios! ¿Olvidas que estamos en Francia?

—Es verdad: murmuró Francisco; y añadió entre dientes: ¡Maldito país! no puedo enténdermelas en él ni con los vendedores de billetes.

Luis, que había estado paseándose durante el diálogo anterior, se acordó del consejo del sábio, y se recostó en un sofá: momentos despues le trajo el mozo de la fonda dos butacas de tercera fila. Meneses pidió la comida, se la sirvieron en su cuarto; despues de comer se vistió con el mayor esmero, y acompañado de Francisco tomó el camino del teatro.

Entraron en el coliseo momentos antes de empezar la representación, y naturalmente lo encontraron lleno de gente; sin embargo, ocuparon sus localidades, aunque no sin algunos obstáculos, y se levantó la cortina. Francisco estaba loco de contento: la sala no tenía nada de notable; y cuanto mas la examinaba, tanto mas se alegraba de poderla comparar con otras que había visto en España, sin que sufriera su patriotismo ni la mas lijera humillación. Luis conocía perfectísimamente cuanto su criado examinaba, y por lo tanto, sin cuidarse del ornato ni arquitectura, solo pensaba en Magdalena. La buscaba por todas partes, como un piloto en la borrasca á la estrella que ha de ser su guia; pero Magdalena no aparecía, como no fulguró la estrella tras las nubes tempestuosas. ¿En dónde estará? se preguntaba, como si pudiera responderse lo que tanto ansiaba saber. ¿Si no habrá venido? añadía; y se consolaba mirando algun palco desocupado. ¿Si no vendrá? pensaba alguna vez; y se consumía de impaciencia. Pocas personas saben esperar sin aburrirse; los amantes prefieren no tener ni la mas remota esperanza á que se prolongue la que halagan.

—Mira, Francisco, dijo Luis inclinándose hacia su criado, si descubres á la señorita Magdalena.

—¿Hacia donde debo mirar? preguntó Francisco.

—Hacia los palcos, repuso Luis, mirando él con mas ansiedad.

Francisco miró hacia los lados; y como tenía que incomodarse mucho para recorrer el semicírculo, se puso de pié, dando la espalda al escenario. El caballero que se encontraba á espaldas de Francisco, cuando éste las daba al público, no quedó muy gustoso de un cambio que le impedía ver la función, y dirigió la palabra al criado, rogándole que ocupara su puesto. Hablar á Francisco en francés era lo mismo que no hablarle, y como no había examinado bien los palcos opuestos á la escena, continuó de pié, sin hacer caso de la indicación del caballero. Este pasó de las palabras á los hechos, y tiró á Francisco fuertemente del brazo. Francisco entendía como el que mas el lenguaje universal de los signos, pero no permitía que nadie le tocara al pelo

de la ropa, á no ser su amo; é irritado de que un francés estuviera en comunicacion con las mangas de su levita, cogió el cuello de la de su adversario, y sin la instantánea intervencion de Luis, hubiera tenido la policia que tomar cartas en el negocio.

Se sentó Francisco echando pestes contra los franceses, y no muy satisfecho de su amo, que le habia impedido llevar las vias de hecho mas lejos; y no teniendo otra cosa que hacer, se dedicó á ver el espectáculo. Representaban casualmente la obra inmortal de un grande hombre, FEDRA, pero Francisco solo oia la monotonía canturia con que los actores franceses declaman siempre la tragedia, y encontraba mas exajerada la mimica no sabiendo su explicacion. Cansado de oir y de ver, sin comprender una palabra, ni poder explicarse un gesto, tiró á Meneses de la manga, y le dijo:

—¿Están locos todos esos cómicos, ó qué tienen que yo no los entiendo una palabra?

—Los actores franceses declaman así la tragedia; y cuesta trabajo entenderlos, aun hablando bien el francés: le respondió Luis, que no estaba mas gustoso que su criado.

—¿Segun eso yo no entenderé ni una palabra?

—Ni una.

—Diga V., señor, ¿los cómicos franceses que quieren llevar á Madrid, representarán como estos?

—Ni mas ni menos.

—¿Y representarán en francés?

—Está claro.

—¿Y entonces qué gusto vamos á sacar los españoles de oír lo que no entendemos?

—Pregúntaselo á los que tienen el proyecto.

—Pues con mi dinero no comerán los señores cómicos franceses.

—Ni con el de nadie.

—Pues si dicen que van á llevarlos este invierno!

—Lo mismo dijeron el pasado y el anterior; pero del dicho al hecho hay gran trecho.

Concluyó el primer acto: Luis se levantó para ver si conseguia descubrir á la encantadora Magdalena; pero fueron vanos sus esfuerzos, y solo le queda la esperanza de verla aparecer en un palco de la derecha del proscenio, único que quedaba vacío. Se levantó por segunda vez la cortina: los espectadores estaban fijos en la escena, Luis en el palco desocupado, Francisco dormia profundamente. De improviso se estremeció Meneses, como si acabara de sentir el contacto de una culebra; acababan de abrir la puerta del palco de sus esperanzas. Entró primero una señora de cuarenta y cinco á cincuenta años; tras ella una jóven que podría tener veinte y cinco, lijamente corcovada, de facciones mal proporcionadas, y de una palidez verdosa, que parecia indicio de una arraigada enfermedad. A esta jóven siguió otra jóven, que parecia de menos años, aunque quizás tenia los mismos, bastante linda, pero con una belleza enteramente parisiense. A esta jóven siguió un caballero de sesenta años, que llevaba en el ojal del frac la rosa de la legion de honor. Tras este último personage se cerró la puerta: Luis ahogó un suspiro y se llevó las manos á los ojos, como queriendo retener su desvanecida esperanza.

Pasados algunos momentos, alzó Meneses la cabeza, y tuvo el valor necesario para fijar de nuevo sus miradas en el palco, que lo habia engañado tan cruelmente. ¡Cuánto odio sintió hacia las personas que lo ocupaban! Llamó á la señora una Quimera, á la jóven pálida una Harpía, al caballero un Hipopótamo; y á la graciosa parisiense, no encontrando mote que ponerla, la llamó fea, que es el mas horrible de los motes.

Victima de su mal humor, se incomodaba Luis por todo. Le fastidiaban los actores, le aturdiaban los aplausos, y hasta el pacífico sueño de Francisco, que por primera vez en su vida dormia sin roncar, le fatigaba. Como no podia aniquilar á los primeros, ni suprimir los segundos, se contentó con ocuparse del tercero, único que estaba á su alcance.

—Despierta, Francisco, y levántate: le dijo, parodiando un dicho de san Pedro.

—¿No vamos ya? murmuró Francisco, levantándose atolondrado.

—Si: repuso Luis secamente; y echó á andar delante del criado. Francisco, aunque no dormia mal en la butaca, pensó que lo haria mejor en el lecho, y siguió á Meneses muy contento.

(Continuará.)

JUAN DE ARIZA.

A la señorita doña Carolina Coronado.

Al verde pié de la Nevada Sierra
Altivo nace el Dauró,
Oro sembrando en la encantada tierra,
Coronada la sien de fresco lauro:
Cruza veloz por la imperial Granada,
Halla al Xenil, le abraza como hermano,
Y en busca van del Bétis soberano.
En tanto el sacro río
El régio alcázar plácido refleja,
A la sombra de palmas y laureles
Que pueblan los vergeles;
Y sintiendo en su espalda el peso grave
De la opulenta nave,
Ensancha su corriente
Y hunde en el mar la entumecida frente.
Humilde Guadrama
Bajo la tierra tímido se oculta,
Y cual temiendo su enemiga suerte,
De la Mancha en los campos se sepulta;
Mas nuevo aliento recobrando en breve,
El estremeño suelo fértil riega;
Y cediendo al impulso que le mueve,
Hasta llegar al Ponto no sosiega.
De laurel una rama flotar veo
Sobre su clara linfa,
Que el mismo dios Apolo
Cinó á la sien de encantadora Ninfa;
En tanto que las Musas soberanas,
Al escuchar la célica armonía,
Su nombre llevan desde polo á polo
Y el coro ensanchan de las nueve Hermanas.

FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

PARALELO

ENTRE LOS CUMPLIMIENTOS Y LAS PALABRAS DE BUENA CRIANZA.

Estábamos en el comienzo del año de mil ochocientos cuarenta y cuatro, y serian como las siete de una muy fria madrugada, cuando me despertó un furioso sacudimiento de la campanilla ética que servia de llamador en mi cuarto de la calle de la Cruz.—«En teniendo casa propia, dije entre sueños, haré quitar de noche la campanilla y señalaré sobresueldo al portero para que me libre de importunos.»—Dije, y di un vuelco para conciliar de nuevo el sueño. ¡Que si quieres!... Seguía el repique, y siguió mas de tres credos acompañado del rechinar del muelle de acero que comenzaba á destrozarse. Todo en vano: mi regañona huésped, su macilenta hija, el gallego y la criada dormian como los siete famosos, y campanillear en aquellas horas era predicar en desierto. Impacientose el de afuera y acompañó los agudísimos acentos del esquilon con sendos golpes de baston. La constancia de aquel hombre me interesó, y perdonándole su tenacidad en despertarme, hicele súbito coro con el llamador de mi alcoba y con voces cuya entonacion llegó hasta el punto mas alto que mis pulmones calzan. Conoció el viniente la importancia del refuerzo, y redobló tanto el acompañamiento de ariete, que me temí verle entrar por la brecha.

—«Van: gritó al fin la zaragozana con el modo mas indigno que hallar pudo en su desvergonzado vocabulario.

Se hizo esperar largo rato, y al cabo de él se presentó ante mi amarilla y descompuesta como una escarola.

—«Que llaman,» le dije, sin querer verla ni oirla.

Ya renovaba el fuego el forastero, y acudió atribulada á la rejilla temiendo por la puerta y por el tabique.

—«Oiga V.; esta no es hora de venir á ninguna casa decente, ni esos son modos de llamar.»

—«Perdone V., señora, y buenos días le dé Dios; pero hace hora y media que comencé á llamar con moderacion: abra V., que es gente de paz.»

—«¿Pero quién es V. y qué busca á estas horas?»

—«Quiero ver á mi paisano, que anoche me dijeron que paraba aqui.»

—«Bien podia haberle abierto á V. don José... esta casa es un infierno... dígame V. su nombre.»

—«Antonio Buenaño es mi gracia para servir á Dios y á V.

—«Abre corriendo, Pilar,» gritó.

Pocos momentos después con las chinelas sueltas, en ropas que no mencionaré, con la cinta del llamador liada al brazo estrechaba yo respetuosamente á don Antonio Buenaño y Fernandez.

Mientras con permiso de mi paisano me visto y aderezó, voy á hacerle, lector carísimo, el retrato del madrugador reciénvenido: es un tipo que se va perdiendo y cuya figura es útil conservar para honra de nuestros mayores y vergüenza nuestra.

Rayaba en los cincuenta años; alto, enjuto, brioso, bien proporcionado, trigüño de color y los cabellos casi plateados, el rostro sano y libre de esos trazos ridículos, que llamamos patilla, perilla ó bigote, grande la boca, aguileña la nariz, lo cual daba á su rostro cierta severidad que suavizaba la espresion franca y tranquila de sus ojos y su espaciosa y serena frente no arrugada por los sinsabores de una vida borrascosa.

Don Antonio era de un pueblo agrícola, cuyo nombre no es del caso: allí había pasado toda su vida, allí había construido una capilla para que reposasen sus cenizas, y plantado doce mil olivos para que sus hijos recogiesen el fruto: claro de luces, instruido sin maestros, religioso, recto, pero con la independencia del hombre que ha amasado su fortuna con el sudor de su frente, era un hombre honrado según la verdadera significación de esta frase. Amigo antiguo y leal de mi padre, consejero obligado en nuestras faenas de labor, con el granero y las dehesas abiertas para toda urgencia, dispuesta siempre su casa para hospedarme en ferias y travesías, elector, y elector influyente, inútil es decir que merecía ser obsequiado.

Así fué: despachados sus asuntos, pues solo por asuntos urgentes hubiera él dejado casa y hacienda, le acompañé á visitar todo lo que los madrileños llaman notable, y por cierto que de tan penosa tarea quedé sobradamente recompensado. Don Antonio Buenaño era la personificación del *sentido comun*, y no puedes suponer, leyente amigo, cuántas observaciones nunca oídas hizo sobre la *corte de locos* como él decía. Ageno á nuestras pasiones, á nuestros sueños, á nuestras preocupaciones artísticas y científicas, creyente y hombre de bien, me abrumaba con sus preguntas y mas con sus respuestas. Algun día he de contarlas todas, y creo que serán de provechosa lectura; por hoy quiero decir solamente un paralelo que hizo entre los *cumplimientos* que usamos en Madrid en la buena sociedad, y las palabras de buena crianza como se llaman en su pueblo las fórmulas del trato cotidiano de las gentes.

—«Se encuentran dos entecos, decía, de estos que parecen gato escaldado.—¿Cómo vá?—Bien: gracias.—Gracias: y Luisa?—A los pies de V.: gracias.—«Adios» (una cortesia).

—«¿Dime tú qué es lo que esta algarabía quiere decir? ¿Quién va, ni quien viene? ¿O he olvidado yo la gramática que aprendí en la escuela? El ir ó venir ¿qué tiene que ver con el estado de la salud física y moralmente que es lo que se desea saber? ¿Pues dónde me dejas la familiaridad con que nombran á la mujer agena, siquier sea una ochentona y la sandia contestacion de ¡gracias! ¡a los pies de V.!»—Nosotros allá que no gastamos cumplimientos, decimos.—«¿Esta V. bueno?—Si señor, estoy para servir á V.—¿Y la esposa?—Buena gracias á Dios:—Esto es castizo, es espresivo, y lleva el sello de la religion que nos enseñaron nuestros padres: tú no le das importancia como no se la damos á la *salve* que es una oración llena de ternura, por decirlo diariamente.»

—«Don Antonio, le contesté, eso queremos decir por aquí; pero los ingleses que es gente muy ocupada han sincochado las frases y...»

—«Buena será allí la razon, si puede haber alguna para informarse de prisa del estado de un amigo; pero si aquí no haceis nada! Si la indole de nuestra indole no permite esas sincoches!—Mucho me temo de que se quede la pobrecita sin vida con muchas sincoches de esas!—Y lo peor es que vais perdiendo los sentimientos.»

«Llega un pobre y le contestais.—No llevo: ¡qué fastidioso!—Vaya usted á San Bernardino! ¿Qué policía!—En mi lugar, al desvalido se le dice al menos con buen modo.—¡Hermano, perdón V. por Dios! Se muere el padre, el hermano y decís.—Le doy á V el pésame.—Allí hay palabras de consuelo y de religiosa conformidad.—Acompañó á V. en su justo sentimiento.—Dios le dé á V. salud para encomendarle á Dios.—Una madre os enseña su hijo con esa dulce satisfaccion tan pura y tan natural y quedais muy satisfechos murmurando.—¡Qué bonito!—Entre nosotros, gente sin educacion, se añade.—Dios le bendiga! el señor lo libre de mal!—Vosotros los cultos y civilizados cruzais un camino solitario, tiritando de miedo y de frio, y no teneis una palabra en vuestro repertorio ridiculo para saludar al pobre trágico á quien tal vez dentro de una hora vais á deber hacienda y vida: él por lo contrario tocando respetuosamente su sombrero dice.—Dios guarde á la buena compañía.—Queden VV. con Dios, caballeros.

Llega la noche, y al encenderse las luces sentimos todos alegría en el alma: nosotros decimos.—Alabado sea el Santísimo Sacramento del

altar.—¡Buenas noches, caballeros!—Y todos contestan.—Por siempre sea alabado y bendito: buenas noches nos dé Dios.—Pero me olvido de que vosotros sois tan sabios que no creéis en la religion católica, apostólica, romana: la religion, todo lo mas, es una preocupacion buena para moralizar á las masas! ¡já! ¡já! ¡já!—Vosotros sois filósofos y por eso ejercéis la virtud; no es mas sino que los virtuosos entre vosotros son los que entienden de música, y para nosotros son los que aman á Dios y á sus semejantes como á sí mismos.»

—«A tal altura eleva V. la cuestion que no puedo contestar.»

—«Y con decir estas verdades amargas me olvidaba de lo mas ridiculo, de vuestros cumplimientos para ofrecer la comida.—¿V. gusta?—Gracias.—¿Es este otro sincope? ¿Qué es lo que voy á gustar? y aunque guste, es decir aunque tenga disposicion para saborear la comida (que es lo que parece que significa vuestro cumplimiento) gustar es ofrecer? Así es que poneis á uno en el despeñadero de contestar que carece de gusto y que por ello no se sienta á la mesa.—Pues y el gracias? ¿Quién las hace? ¿Quién las tiene?—En la tierra habrás oido estas espresivas palabras.—Venga V. á comer.—De salud sirva.—Que aproveche....»

Aquí llegábamos de la conversacion, cuando fué preciso separarnos, y en verdad que estuve largo rato pensando cuán ciertas eran las observaciones de mi paisano. Las graves saluciones de nuestros padres se van trocando en frases insulsas que escarnecen el idioma y que revelan nuestra falsa cultura, nuestra miserable incredulidad. Esto no quitó para que dijese al *Adios-bien-gracias* al primer amigo con quien tropecé. Tan cierto es aquello de

Video meliora proboque, deteriora sequor.

J. JIMENEZ-SERRANO.

Aforismos.

(Véase el SEMANARIO de 4 de mayo.)

ARTE DE LA VIDA.—EL HOMBRE INFERIOR.

I.

Si te haces gloton, la cosa en sí no es mala, llenas tu naturaleza, desarrollas tus fuerzas digestivas, te procuras un placer que aumenta de grado en grado; hasta puedes hacerte un Poder gastronómico, y fundar en ello en casos dados una gloria relativa y un arte. Pero tú eres limitado, eres la limitacion misma; solo sostienes por igual tu Hombre (la idea humana que realizas con libertad en el tiempo) á fuerza de relaciones y de condiciones; la comida para la salud, la salud para la actividad, la actividad para la Inteligencia y la Habilidad; la Inteligencia para la Humanidad. Si haces asiento en alguno de estos fines olvidando la Relacion, serás el Hombre de aquel solo fin, mientras lo fueres; por ejemplo, serás el Hombre del Vientre, pero entre tanto no serás el Hombre del Corazon ni el Hombre de la Cabeza, mucho menos el Hombre relativo ni el *Hombre humano*. Todos estos Hombres perderán tanto cuanto crezca el que tú favoreces en tí (tu Pasion). Con el tiempo se hará un Hombre fuerte, que volverá á tí aunque tú no lo llares, te perseguirá aunque tú huyas de él (como en el Espacio te persigue un enemigo con el puñal levantado)...; Ahora que lo puedes contemplar de lejos, elige de una vez, y habiendo elegido no mires atrás en tu camino!

II.

Lo mismo digo si eliges un hombre ideal abandonando la Relacion; el resultado será el mismo, aunque da aspecto contrario. ¿Qué mejor hombre en particular que el Místico? Sin embargo, desde que olvidas el Hombre relativo, contéplalo como camina triste, desabrido, buscando la soledad, socialmente inútil, deseando dejar la vida y atestiguando el pecado habitual en que vive desde que pretende igualarse en lo absoluto á Dios, creando un Despotismo moral dentro de sí y á su alrededor. Este Hombre no quiere reconocer que debajo de Dios y en el mundo divino el Hombre es Hombre relativo y condicional tanto como es propio, y solo mediante el primero sostiene el segundo su propiedad y su libertad.

11 de Julio.

JULIAN SANZ DEL RIO.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO é ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.